

ciéndome vuestro prisionero». Cortés le contestó: «Por él doy las gracias á Dios, á quien se lo debo, y despues á mis valientes y esforzados compañeros. Puedo, sin embargo, aseguraros, que la victoria y el haberos hecho prisionero, es de las cosas de menos importancia hechas por mí en la Nueva España» (1). Dichas estas palabras, salió Cortés á dar algunas instrucciones á los capitanes que ocupaban los otros teocallis, encargando á Gonzalo de Sandoval que vigilase mucho á Narvaez y no se apartase de él ni un momento. Hecha la curacion, fué conducido el general prisionero á un aposento, con dos pares de grillos. Sandoval puso algunos soldados para que le custodiasen, y encargó secretamente á Bernal Diaz, que era uno de ellos, que no permitiese que le hablara ninguno de los que habian sido de su ejército.

No obstante la desdeñosa respuesta dada á Narvaez por Hernan Cortés, respecto de la victoria alcanzada, es imposible que en el fondo de su corazon no la juzgase como una de sus grandes glorias militares. Al frente de unos pocos soldados, sin otras armas que lanzas, espadas y puñales; fatigados por continuas y penosas marchas; calados con el agua de la lluvia y de los rios; hambrientos y casi desnudos, acababa de asaltar, en sus puntos fortificados, á un

(1) «Dijo el Narvaez: «Señor capitan Cortés, tené en mucho esta victoria que de mí habeis habido y en tener presa mi persona»; y Cortés le respondió: «que daba muchas gracias á Dios, que se la dió, y por los esforzados caballeros y compañeros que tenia, que fueron parte para ello. E que una de las menores cosas que en la Nueva España ha hecho es prendelle y desbaratalle». — Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

enemigo cuatro veces mayor en número, con excelente artillería, bien equipado, cubierto de férreos petos y de cascos, y le habia vencido y hecho prisionero. El éxito habia coronado sus esfuerzos y sus acertadas disposiciones. Toda la artillería, armas, caballos, bagajes, pertrechos de guerra y municiones, estaban en su poder. El hecho era, no solamente glorioso, sino de inapreciable importancia para el caudillo español. Cortés conocia, como ninguno, todo el valor del triunfo alcanzado; y si delante de su rival no quiso darle la importancia que tenia, con sus capitanes y soldados manifestaba la intensa alegría que sentia su corazon (1).

Todas las tropas enviadas por el gobernador de Cuba, estaban en poder de aquel contra quien habian sido enviadas. Unicamente faltaban los cuarenta jinetes que Pánfilo de Narvaez mandó situar en el campo. El general vencedor, deseando atraerles á su partido, sin efusion de sangre, envió á los capitanes Cristóbal de Olid y Diego de Ordaz, á invitarles á que volviesen á Cempoala. Llevaban atentas ofertas de Cortés, y el encargo de que les refiriesen los acontecimientos operados. Los dos comisionados salieron inmediatamente á caballo, en dos ligeros corceles de los oficiales hechos prisioneros.

La lluvia habia cesado del todo, y la luna brillaba, aunque débilmente. Las horas que faltaban de la noche se ocuparon en curar los heridos y en colocar á los prisioneros en sitios seguros.

(1) «Era cosa de ver qué alegre estaba; y tenia mucha razon de verse en aquel punto tan señor y pujante.» — Bernal Diaz.

Empezaba á alumbrar la luz del nuevo dia, cuando se vió llegar hácia Cempoala á los cuarenta jinetes de Narvaez. Con ellos iban Cristóbal de Olid y Diego de Ordaz, que habian sido enviados por Cortés para persuadirles á que se presentasen, ofreciéndoles que continuarian con los mismos grados que tenian. Media hora despues entraban á la ciudad y se dirigieron al alojamiento en que se hallaba el general vencedor. Los vivas y las aclamaciones á éste resonaban al son de los tambores y los pífanos, tocados por algunos de los mismos que habian pertenecido á Narvaez. Hernan Cortés que no queria herir el amor propio de ninguno, mandó que cesasen las aclamaciones, y aun puso preso á uno de los atabaleros del ejército vencido, porque continuó victoreando. Conducta digna, no humillar al que ha tenido la desgracia de caer en poder de su contrario, y con la cual el vencedor conquista el afecto y la gratitud del enemigo.

Hernan Cortés habia cambiado de traje, despues de la batalla. Vestia en aquellos momentos una ropa talar de color naranjado, debajo de la cual llevaba sus armas. Estaba sentado en una silla de brazos y acompañado de varios capitanes y soldados (1).

Entre los jinetes que acababan de llegar, se encontraban el secretario Andrés de Duero, el tesorero Agustin Bermudez y otros muchos amigos del caudillo español. Conforme se presentaban, los oficiales iban á besarle la mano, siendo recibidos con las expresiones mas afectuo-

(1) «Estaba sentado en una silla de caderas, con una ropa larga de color como de naranjada, con sus armas debajo, acompañado de nosotros.» —Bernal Diaz.

sas y alcanzando las promesas mas lisonjeras de favor. Al llegar Andrés de Duero, Bermudez y los demás, con quienes habia tenido en la isla de Cuba relaciones de amistad, se levantó á abrazarles cordialmente, felicitándose de verles, y manifestándoles su distinguido aprecio. Visitó luego los puntos donde se hallaban los heridos, recomendando que les atendiesen lo mejor posible. Al ver entre ellos al cacique de Cempoala, le manifestó su pena, y dispuso que le condujesen á su casa con todas las consideraciones que siempre le habia guardado, recomendando que nadie le ofendiese en lo mas mínimo.

Muchos fueron los heridos que tuvo el ejército de Narvaez en este encuentro; pero los muertos fueron, relativamente pocos, debido, sin duda, á que los soldados de Cortés carecian de armas de fuego. Sin embargo, murió el abanderado, un capitan, otros dos oficiales y once soldados. Las pérdidas del ejército vencedor fueron menores, pues aunque sus contrarios tenian arcabuces, la puntería, en medio de la oscuridad y de la sorpresa, era incierta. Siete fueron los muertos que tuvo la tropa de Cortés, siendo en proporcion el número de heridos.

El triunfo alcanzado por Hernan Cortés, fué completo. Las circunstancias críticas y aflictivas en que pocas horas antes se encontraba, habian cambiado. No era ya el amenazado capitan, acusado de traidor, al frente de unos cuantos soldados sin recursos y sin armas, sino el caudillo de un ejército respetable, provisto de numerosa artillería, de buenas armas y excelentes caballos. Era un jefe independiente que acababa de

asentar su poder, asegurando su autoridad en la Nueva-España, sin temor de que otra nueva expedición pudiese enviar el gobernador de Cuba contra él. Con las fuerzas reunidas de ambos ejércitos, podía asegurar lo conquistado, y emprender nuevas expediciones por desconocidas provincias. Nunca se había encontrado aquel hombre extraordinario en circunstancias mas críticas que al desembarco de Narvaez con sus bien equipadas tropas, ni nunca tampoco dió mayores muestras de sus dotes militares, de su actividad, de su valor y de su prevision. Anhelante de gloria, supo multiplicar los recursos con su ingenio, y aprovechando los accidentes, que para otros serian insignificantes y que únicamente los grandes hombres saben utilizar, arrancó á la fortuna lo que parecia imposible de alcanzarse; lo que nadie hubiera intentado conseguir, considerándolo como una quimera. Dotado de una elocuencia cautivadora, de un talento claro, de una franqueza respetuosa y de nobles y elevados sentimientos, habia logrado hacer de todos los que le rodeaban, otros tantos leales adictos, dispuestos á morir bajo sus banderas. Juan Velazquez de Leon, era una muestra notable del afecto que le consagraban sus capitanes. La sagacidad de Cortés descubrió desde los primeros dias en el pariente del gobernador de Cuba, al hombre de sentimientos caballerescos y patrióticos, y le distinguió siempre con los cargos mas honoríficos del ejército. El antiguo adversario, se convirtió en su mas adicto defensor; y en la hora del peligro, rechazó las brillantes proposiciones del jefe enviado por su pariente, por no abandonar en los momentos mas aflictivos y desespe-

rados, al hombre á quien juzgaba digno del aprecio de la patria. Creyó que los intereses de la religion y del rey, exigian que se colocase del lado de Cortés en vez de agregarse á las filas de su pariente, y prefiriendo el deber al parentesco, combatió contra los intereses del gobernador de Cuba (1). Con la misma facilidad que se hacia querer de sus capitanes, lograba ser amado de sus soldados. Sus maneras deslumbrantes y liberales, su buen trato, la atencion que prestaba al consejo de todos, le dieron un ascendente sobre la tropa, que nadie le abandonó en los momentos del peligro, cuando parecia que iba á ser destruido por el poder de Narvaez. Conociendo que en el arte de la guerra la prontitud en el obrar es la primera condicion para alcanzar buenos resultados, sale de Méjico con setenta hombres, se le reune Juan Velazquez de Leon con ciento veinte en Cholula, corre sin detenerse á Tepanacuetla, donde viene á unírsele con sesenta hombres Gonzalo de Sandoval; entabla

(1) Refiere el historiador Oviedo, que habia escuchado discutir á varios individuos sobre si Juan Velazquez de Leon debió obedecer las órdenes de Cortés ó las de su pariente el gobernador, diciendo al fin en que obró bien, puesto que de Cortés habia recibido inmediatamente la comisión. «Visto he platicar sobre esto á caballeros é personas militares sobre si este Juan Velazquez de Leon hizo lo que debia, en acudir ó no á Diego Velazquez ó al Pánfilo en su nombre; é convienen los veteranos militares, é á mi parecer determinan bien la cuestion, en que si Juan Velazquez tuvo conducta de capitan, para que con aquella gente que él le dió ó tovese en aquella tierra como capitan particular le acudiese á él ó á quien le mandase, Juan Velazquez faltó á lo que era obligado en no pasar á Pánfilo de Narvaez siendo requerido de Diego Velazquez: mas si lo hizo capitan Hernando Cortés, é le dió él la gente, á él habia de acudir, como acudió, excepto si viera carta, ó mandamiento expreso del rey en contrario.» Hist. de las Ind. MS.

conferencias con el general enemigo; seduce, por medio de sus agentes, una parte de las fuerzas contrarias; adquiere noticias de la distribución en que están colocados los cuerpos en la plaza; se aproxima á marchas forzadas sobre Cempoala; cruza en medio de la oscuridad y bajo una espesa lluvia, pantanosos caminos y crecidos rios; avanza silencioso sobre la plaza, dejando los caballos en un bosque, y cae con la velocidad del rayo sobre los mismos cuarteles del enemigo, que tras una débil defensa, queda vencido y prisionero. Si la oscuridad de la noche y la lluvia le fueron favorables, es porque tuvo talento y genio para aprovecharse de esas circunstancias. Lluviosa y oscura era también para Narvaez; pero lejos de intentar sorprender á Cortés en su mismo campamento, se contentó con encargar que velasen algunos centinelas. La rápida marcha del caudillo español, bajando las montañas y descendiendo á las llanuras de la tierra caliente, antes de que el enemigo le cerrase el paso en las gargantas de los desfiladeros; la idea de mandar hacer picas á los indios de Chinantla, para combatir contra la caballería; la prontitud con que comunicó sus órdenes á Sandoval y á Velazquez de Leon, combinando el sitio y el dia en que debian encontrarse para obrar unidos; los medios á que recurrió para entretener á Narvaez en Cempoala, con diversas embajadas; toda esta combinacion acertada y pronta, revelan la clara inteligencia, el genio y el espíritu firme de un hombre que poseia las dotes mas brillantes del político y del guerrero. La batalla contra Narvaez no la empezó Cortés la noche en que venció al ejército contrario. La empezó desde los cuar-

teles de Méjico. La primera ventaja conseguida fué la de ganar el afecto del padre Guevara, del notario Vergara y de Amaya, que formaban la formidable descubierta enviada por Narvaez, exigiendo la obediencia de su rival y de su gente. Premiado su aprecio con ricos presentes de oro y plata, continuó minando la plaza, enviando lisonjeras cartas, valiosas joyas y seductoras promesas, envueltas en firmes protestas de adhesion al rey, al secretario Andrés de Duero y á diversos amigos de influencia en el ejército contrario. El padre Olmedo, Juan Velazquez de Leon y cada uno de los comisionados que habian llevado proposiciones de paz, continuaron combatiendo el poder de Narvaez con dádivas estimables, inclinando el espíritu de su tropa en favor del hombre á quien habian ido á combatir. El asalto á mano armada, en la noche que se alcanzó la victoria, fué el último ataque. Fué el mas estrepitoso, el único sangriento; pero antes de ese último combate, la mitad de la fuerza enemiga estaba ya vencida. No era Narvaez el digno competidor de Hernan Cortés. Aunque le sobraba valor, le faltaban las demás dotes militares que concurrían en su adversario. Algunos años despues se disculpaba de su derrota el vencido general, quejándose de que se habia visto engañado por los mismos que le acompañaban: acusaba á Cortés de haberle sobornado sus tropas, cuya defeccion, decia, le dió la victoria (1). Su

(1) En 1525, tuvo Oviedo una conversacion con el mismo Narvaez, respecto de la accion en que fué vencido, que la refiere el primero en su Historia de las Indias. «Que en el año 1525,» dice, «estando César en la ciudad de Toledo, vi allí al dicho Narvaez, é públicamente decia, que

disculpa forma su acusacion. Ella demuestra que habia descuidado, por completo, todas las precauciones que está obligado á tener un general. Habia visto con desprecio al enemigo; desdeñó vigilar sus movimientos; dejó á los enviados de Cortés comunicar con sus soldados, contentándose con hacer alarde de sus fuerzas delante de ellos, creyendo que esto era bastante para ganarlos; y habia hecho, en fin, todo lo contrario á lo que el arte de la guerra ordena.

Nadie, por lo mismo, fué culpable de su derrota mas que él mismo.

En sus manos, la difícil empresa de la conquista hubiera fracasado desde el principio.

Cortés era un traidor: é que dándole S. M. licencia se lo haria conocer de su persona á la suya, é que era hombre sin verdad, é otras muchas feas palabras llamándole alevoso é tirano, é ingrato á su señor, é á quien le habia enviado á la Nueva-España, que era el adelantado Diego Velazquez á su propia costa, é se le habia alzado con la tierra, é con la gente é hacienda, é otras muchas cosas que mal sonaban. Y en la manera de su prision la contaba muy al revés de lo que está dicho. Lo que yo noto de esto es, que con todo lo que oí á Narvaez, (como yo se lo dije) no puedo hallarle disculpa para su descuido, porque ninguna necesidad tenia de andar con Cortés en pláticas, sino estar en vela mejor que lo que hizo. E á todo decia él que le habian vendido aquellos de quienes se fiaba, que Cortés les habia sobornado.»

CAPITULO XI

Llegan á Cempoala los dos mil indios de Chinantla.—Cortés les obsequia —Todo el ejército de Narvaez se queda con Cortés.—Manda éste que se les vuelvan sus armas y caballos.—Disgusto que esto causa en los soldados vencedores.—Palabras que Cortés dirige á Alonso de Avila y contestacion de éste.—Origen de las viruelas en Méjico.—Cortés recibe noticias del levantamiento de la capital.—Vuelve en socorro de Alvarado.—Acto sangriento y reprobable de Alvarado con la nobleza azteca.—Cortés le reprende por su conducta.—Algunas aclaraciones y reflexiones sobre el hecho de Alvarado.

1520.

Mayo 27.

Á la lluviosa noche del combate siguió un dia despejado y bello. La luz del sol del 27 de Mayo, brilló fulgente en un cielo sin nubes, alumbrando el ensangrentado escenario en que se disputó la victoria. La claridad presentó ante los ojos de los vencidos, el corto número de sus vencedores. Al ver á estos cubiertos de débiles petos de algodón, sin cascos ni babera, armados únicamente de lanzas, espadas y puñales, se avergonzaron de su derrota y mur-